



Lectura del Santo Evangelio según san Juan (1,29-34)

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo". Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo". Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Terminado los gozosos días de Navidad, reiniciamos el **tiempo ordinario**. Es el **tiempo de la esperanza**, en el que, con el corazón puesto en la meta del cielo, nos sentimos peregrinos hacia esa Patria, mientras cumplimos la misión que el Señor nos encomienda a cada uno. *"Estamos en la vida para cumplir un servicio"*, nos dice el libro de Job. Y

Santa Teresa, con su inconfundible gracejo, dice que mientras estamos en esta vida estamos como *"trajinando para entretener la espera"*. El P. Morales nos repetía, con su característica visión sobre natural, que debemos **vivir con amor el momento presente**, pues para Dios más importante que lo que hacemos es **cómo lo hacemos**: en la vida debemos -decía- **"desaparecer amando en el momento presente"**. Este es, pues, el objetivo de este tiempo que iniciamos, que nos invita a esa sencillez de vida, con la que debemos desear dar mucha gloria a Dios en lo cotidiano.

Para conseguir este importante objetivo es imprescindible orar, y orar mucho... Necesitamos el contacto diario y habitual con Dios, de manera que su amor y su gracia empapen nuestro día entero. La oración es trato de amistad filial con Dios Padre. Es **"tratar de amores con el Rey del cielo"** (Santa Teresa). Es intimidad divina y contacto transformante con el Señor.

El Santo cura de Ars decía: *"El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo. La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable"*.



OREMOS CON EL EVANGELIO DE ESTE DOMINGO:

I. REFLEXIÓN DEL PAPA FRANCISCO (19 de enero del 2014)

1. Jesús carga con nuestros pecados

Es hermoso este pasaje del Evangelio. Juan que bautizaba; y Jesús, que había sido bautizado antes —algunos días antes—, se acercaba, y pasó delante de Juan. Y Juan sintió dentro de sí la fuerza del Espíritu Santo para dar testimonio de Jesús.

Mirándole, y mirando a la gente que estaba a su alrededor, dijo: «*Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*». Y da testimonio de Jesús: éste es Jesús, éste es Aquél que viene a salvarnos; éste es Aquél que nos dará la fuerza de la esperanza.

Jesús es llamado el Cordero: es el Cordero que quita el pecado del mundo. Uno puede pensar: ¿pero cómo, un cordero, tan débil, un corderito débil, cómo puede quitar tantos pecados, tantas maldades? Con el Amor, con su mansedumbre. Jesús no dejó nunca de ser cordero: manso, bueno, lleno de amor, cercano a los pequeños, cercano a los pobres. Estaba allí, entre la gente, curaba a todos, enseñaba, oraba. Tan débil Jesús, como un cordero. Pero tuvo la fuerza de cargar sobre sí todos nuestros pecados, todos. «Pero, padre, usted no conoce mi vida: yo tengo un pecado que..., no puedo cargarlo ni siquiera con un camión...». Muchas veces, cuando miramos nuestra conciencia, encontramos en ella algunos que son grandes. Pero Él los carga. Él vino para esto: para perdonar, para traer la paz al mundo, pero antes al corazón. Tal vez cada uno de nosotros tiene un tormento en el corazón, tal vez tiene oscuridad en el corazón, tal vez se siente un poco triste por una culpa... Él vino a quitar todo esto, Él nos da la paz, Él perdona todo. «*Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado*»: quita el pecado con la raíz y todo. Ésta es la salvación de Jesús, con su amor y con su mansedumbre.

2. Confianza en el Señor

Y escuchando lo que dice Juan Bautista, quien da testimonio de Jesús como Salvador, debemos crecer en la confianza en Jesús.

Muchas veces tenemos confianza en un médico: está bien, porque el médico está para curarnos; tenemos confianza en una persona: los hermanos, las hermanas, nos pueden ayudar. Está bien tener esta confianza humana, entre nosotros. Pero olvidamos la confianza en el Señor: ésta es la clave del éxito en la vida. La confianza en el Señor, confiémonos al Señor. «Señor, mira mi vida: estoy en la oscuridad, tengo esta dificultad, tengo este pecado...»; todo lo que tenemos: «Mira esto: yo me confío a ti». Y ésta es una apuesta que debemos hacer: confiarnos a Él, y nunca decepciona. ¡Nunca, nunca! Oíd bien vosotros muchachos y muchachas que comenzáis ahora la vida: Jesús no decepciona nunca. Jamás. Éste es el testimonio de Juan: Jesús, el bueno, el manso, que terminará como un cordero, muerto. Sin gritar. Él vino para salvarnos, para quitar el pecado. El mío, el tuyo y el del mundo: todo, todo.

Y ahora os invito a hacer una cosa: cerremos los ojos, imaginemos esa escena, a la orilla del río, Juan mientras bautiza y Jesús que pasa. Y escuchemos la voz de Juan: «*Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». Miremos a Jesús en silencio, que cada uno de nosotros le diga algo a Jesús desde su corazón. En silencio.

II. MEDITACIÓN DE SAN JUAN PABLO II (18 enero 1983)

1. ¿Quién es Jesucristo?

El que nació la noche de Belén. El que fue revelado a los pastores y a los Magos de Oriente. Pero el Evangelio de este domingo nos lleva una vez más a las riberas del Jordán, donde, después de 30 años de su nacimiento, Juan Bautista prepara a los hombres para su venida. Y cuando ve a Jesús, «que venía hacia él», dice: «*Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Jn 1, 29). Juan afirma que bautiza en el Jordán «con agua, para que —Jesús de Nazaret— sea manifestado a Israel» (Jn 1, 31).

Nos habituamos a las palabras: «*Cordero de Dios*». Y, sin embargo, éstas son siempre palabras maravillosas, misteriosas, *palabras potentes*.

¡Cómo podían comprenderlas los oyentes inmediatos de Juan, que conocían el sacrificio del cordero ligado a la noche del éxodo de Israel de la esclavitud de Egipto!

¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!

2. Jesús nos llama a la Santidad

Hemos sido «santificados en Cristo Jesús». Y estamos «*llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo Señor nuestro*» (1 Cor 1, 2).

¿Qué es la santidad? Es precisamente *la alegría de hacer la voluntad de Dios*. El hombre experimenta esta alegría por medio de una constante acción profunda sobre sí mismo, por medio de la fidelidad a la ley divina, a los mandamientos del Evangelio. E incluso con renunciaciones.

El hombre participa de esta alegría siempre y exclusivamente por obra de Jesucristo, Cordero de Dios. ¡Qué elocuente es que escuchemos las palabras pronunciadas por Juan en el Jordán, cuando debemos acercarnos a recibir a Cristo en nuestros corazones con la comunión eucarística! ...

Jesucristo nos trae la llamada a la santidad y continuamente nos da la fuerza de la santificación. Continúa nos da «*el poder de llegar a ser hijos de Dios*», como lo proclama la liturgia de hoy en el canto del Aleluya. Esta potencia de santificación del hombre, potencia continua e inagotable, es el don del Cordero de Dios. Juan, señalándolo en el Jordán, dice: «*Este es el Hijo de Dios*» (Jn 1, 34), «*Ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo*» (Jn 1, 33), es decir, nos sumerge en ese Espíritu al que Juan vio, mientras bautizaba, «*que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre Él*» (Jn 1, 32). Este fue el signo mesiánico. En este signo, El mismo, que está lleno de poder y de Espíritu Santo, se ha revelado como causa de nuestra santidad: el Cordero de Dios, el autor de nuestra santidad.

¡Dejemos que El actúe en nosotros con la potencia del Espíritu Santo! ¡Dejemos que Él nos guíe por los caminos de la fe, de la esperanza, de la caridad, por el camino de la santidad! ¡Dejemos que el Espíritu Santo —Espíritu de Jesucristo— *renueve la faz de la tierra* a través de cada uno de nosotros!

III. JUAN BAUTISTA, TESTIGO Y AMIGO DE CRISTO

Juan Bautista es profeta; es testigo de Jesús y es el amigo de Cristo.

Profeta. La misión de todo profeta es hacer ver la verdad cuando las cosas son confusas. Para esta misión les capacita el señor. Así ocurre con Juan: cuando llega Jesús y comienza a predicar, la gente no entiende bien, no lo conoce bien: Se pregunta ¿quién es este Hombre? ¿Por qué hace milagros? Hasta que Juan de testimonio de Jesús.

Juan tiene que convencerles primero de que no es él el Mesías, sino Jesús. Por eso les aclara: “El Mesías es Cristo, a él hay que escucharlo, seguirlo, aprender de él”. Es lo que hace, por ejemplo, en el pasaje de los dos discípulos de Jesús (Juan el apóstol y Andrés hermano de Pedro). El Bautista les invita a que lo sigan a él, único Mesías.

Juan Bautista además de profeta, es **testigo** con su vida y con su muerte, del nacimiento, de la predicación y de la muerte de Jesús. Más aún, es el Amigo. No solo es pariente de Jesús según la carne, sino también por el afecto, el cariño y la amistad. Dirá “yo soy el **amigo**” y el amigo es aquel en quien se confía, a quien se le dice la verdad, a quien se le revela lo más importante. Por eso Juan es el amigo de Jesús o Jesús es el amigo de Juan.

También nosotros, como Juan, debemos buscar siempre la verdad. Debemos ser testigos de Jesús con nuestra santidad de vida. Y debemos ser amigos de Jesús, que es el gran deseo de su Corazón: "a vosotros ya no los llamo siervos sino amigos". Ser amigos de Jesús es lo más bello y maravilloso de nuestra fe.

Dice el Papa Francisco:

El testimonio de Juan el Bautista nos invita a empezar una y otra vez en nuestro camino de fe: empezar de nuevo desde Jesucristo, el Cordero lleno de misericordia que el Padre ha dado por nosotros. Sorprendámonos una vez más por la elección de Dios de estar de nuestro lado, de solidarizarse con nosotros los pecadores, y de salvar al mundo del mal haciéndose cargo de él totalmente.

Aprendamos de Juan el Bautista a no dar por sentado que ya conocemos a Jesús, que ya lo conocemos todo de Él (cf. v. 31). No es así. Detengámonos en el Evangelio, quizás incluso contemplando un icono de Cristo, un «Rostro Santo». Contemplemos con los ojos y más aún con el corazón; y dejémonos instruir por el Espíritu Santo, que dentro de nosotros nos dice: ¡Es Él! Es el Hijo de Dios hecho cordero, inmolado por amor.

Él, sólo Él ha cargado, sólo Él ha sufrido, sólo Él ha expiado el pecado de cada uno de nosotros, el pecado del mundo, y también mis pecados. Todos ellos. Los cargó todos sobre sí mismo y los quitó de nosotros, para que finalmente fuéramos libres, no más esclavos del mal. Sí, todavía somos pobres pecadores, pero no esclavos, no, no somos esclavos: ¡somos hijos, hijos de Dios!

Que la Virgen María nos otorgue la fuerza de dar testimonio de su Hijo Jesús; de anunciarlo con alegría con una vida liberada del mal y palabras llenas de fe maravillada y gratitud (Enero 2020)

La finalidad de la Encarnación del Verbo se manifiesta en el ansia profunda del Corazón de Cristo Redentor para llevar a los hombres, purificados de sus pecados, hasta la condición de hijos de Dios. Para conseguirlo, los ilumina primero con su palabra y su vida, y los santifica, al fin, con su propio sacrificio, como Cordero destinado a expiar los pecados de todos los hombres. Así lo vemos en las lecturas de este domingo.

Jesús es el único justo en medio de aquella muchedumbre que confesaba sus pecados. Él es «el Cordero de Dios». ¿A quién se refiere esta imagen?: ¿Al cordero sacrificado en el templo?, ¿al cordero pascual?, ¿al Siervo de Yahvé? A los tres al mismo tiempo. Y esa imagen significa que Él es inocente, lleno de mansedumbre, de perfección ritual y de santidad, y que será sacrificado en la Cruz para salvar a todos los hombres de sus pecados, para irradiar en todas partes la Luz sin ocaso con su palabra y con su vida.

Dice San Agustín, dirigiéndose a Jesús: «Demuestra que tienes amor al Pastor amando a las ovejas, pues también las ovejas son miembros del Pastor. Para que las ovejas se conviertan en miembros suyos, fue conducido al sacrificio como una oveja (Is 53, 7); para que las ovejas se hicieran miembros suyos, se dijo de Él: He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1, 29). Pero, grande es la fortaleza de este Cordero. ¿Quieres conocer cuánta fortaleza mostró tener? Fue crucificado el Cordero y resultó vencido el león. Ved y considerad con cuánto poder rige el mundo Cristo, el Señor, si con su muerte venció al diablo. Amémosle, pues; nada tengamos en mayor aprecio» (Manuel Garrido Bolaño)